Capítulo 1.
Mundialización y ofensiva neoliberal

Deterioro de las condiciones de vida de las poblaciones: empleo y rentas

En el curso de los años setenta, la economía mundial entró en una onda larga de expansión lenta que contrasta con los casi treinta años de expansión económica rápida que la precedió y que es conocida bajo el nombre de los famosos "treinta gloriosos" (Mandel, 1972, 1978, 1982).

Durante el período 1960-1973, antes de que comenzara la onda larga de expansión lenta, el crecimiento anual promedio en la Unión Europea (el Mercado Común, tal como lo llamaban en la época) era de 4,7%; el de los Estados Unidos 3,9%, y el de Japón de 9,6%. Entre 1982 y 1994, es decir, durante la aplicación metódica y a gran escala de las recetas neoliberales, las tasas de crecimiento bajaron al 2,1%, al 2,4% y al 3,6% respectivamente (Montes, 1996: 136). Durante el período 1995-2000, la tasa de crecimiento de la Unión Europea se estancó en el 2,2%, en los Estados Unidos progresó al 3,5% y en Japón bajó al 1,8%.

Durante 2001-2002 el crecimiento fue considerablemente más lento. Los Estados Unidos, que durante el curso de los años 1995-2000 jugaron un rol de locomotora (la economía estadounidense conoció un verdadero boom), durante la mayor parte de 2001 y 2002 fueron alcanzados por una recesión que no dio lugar a una reactivación económica. Japón parece permanecer siempre recostado en una crisis (caída del Producto Interno Bruto del 0,4% para el 2001 y del 1% para el 2002), mientras que Europa alcanza un crecimiento muy débil (1,5% en el 2001 y 1,3% en el 2002).

Podemos decir entonces, incluso sin hacer un balance humano y del medio ambiente, que veinte años de neoliberalismo constituyen un verdadero fiasco en términos de crecimiento y de estabilidad. Esto se expresó en la baja de la rentabilidad de las empresas, en la explosión de la burbuja especulativa de la bolsa, en la caída del mito de la "nueva economía", en la inestabilidad de la tasa de cambio, en las quiebras abruptas, y en fin, en las reiteradas crisis económicas y financieras de los países de la Periferia.

Desde que se desencadenó la crisis en 1973-1975 (primera recesión mundial luego de la Segunda Guerra Mundial), el mundo conoció importantes cambios que deterioraron progresivamente las condiciones de vida de la mayoría de la población del planeta: se instala el desempleo masivo de manera durable, crece considerablemente la desigualdad en la distribución de la riqueza, los ingresos de los sectores populares disminuyen de manera neta. Habría que agregar los efectos humanos perniciosos que produce el cierre de las fronteras de los países industriales a los flujos migratorios, la degradación del medioambiente (recalentamiento climático, polución, deforestación masiva…) y la desreglamentación de la producción alimentaria.

Desempleo masivo

En los países capitalistas industrializados

Si sólo consideramos a los países que en 1993 formaban parte de la Organización de Cooperación para el Desarrollo Económico (OCDE, ver Léxico), podemos comprobar que en 1996 se habían oficialmente censado 37 millones de desempleados, o sea tres veces más que al comienzo de los años setenta para una población total de crecimiento casi nulo. La tasa media de desempleo aumentó más del doble, pasando del 3,2% en 1960-1973 a 7,3% en 1980-1994.
El número de desempleados en estos países aumentó en 10 millones entre 1990 y 1994. Luego de un breve período de reactivación económica (1998-2000) en el curso de la cual disminuyó el desempleo, el inicio del año 2000 estuvo marcado por una gran oleada de despidos masivos. En realidad, las cifras oficiales subestiman sistemáticamente la gravedad y la amplitud del desempleo, dado que no tienen en cuenta que los sin empleo están constituidos

por varias categorías. En efecto, la desreglamentación del mercado de trabajo constituye une receta que permite pasar del "desempleo declarado" a formas de "desempleo oculto" creando empleos mal remunerados y poco productivos.

En el seno del ex-bloque del Este

Aquí el desempleo progresó de manera fulgurante desde el comienzo de los años noventa. Durante esos años, agentes del Banco Mundial estimaban que era necesario que estos países alcanzaran un 20% de desempleo. En un seminario que tuvo lugar en Turín en abril de 1992 sobre el ajuste en Europa del Este, uno de los dos representantes del BM declaró en sustancia: "¿No deberíamos juzgar nuestro éxito del ajuste en Europa Central y Oriental por el aumento de la tasa de desempleo y no por nuestra capacidad de minimizarlo?" (George y Sabelli, 1994: 81).

En el Tercer Mundo

Donde las estadísticas subestiman sistemáticamente la realidad del desempleo, consideramos que faltan sin duda mil millones de puestos de trabajo para dar una actividad regular remunerada a cada persona. La aplicación de los planes de ajuste estructural ha llevado a un fuerte aumento del desempleo por varias razones: la reducción masiva de efectivos en el sector público; la depresión del mercado interno, que conllevó la quiebra de numerosas empresas; la política de "todo para la exportación", que aplicada al sector agrícola ha suprimido los cultivos de auto-subsistencia y aceleró el éxodo rural (partida de una masa impresionante de desocupados hacia las ciudades.)

Según la OIT, la crisis del Sudeste asiático iniciada en 1997 y las políticas de ajuste estructural que le siguieron provocaron durante los años 1998-1999 la pérdida de 23 millones de empleos. En México, en el año 2001, después de que la recesión golpeó a los Estados Unidos, fueron suprimidos 500.000 empleos, tanto como los que fueron suprimidos en Argentina durante el curso del año 2002.

Desigualdad acentuada en la distribución de los ingresos y descenso de los ingresos de las clases populares

A nivel mundial, la desigualdad en la distribución de los ingresos se acentuó enormemente. Los ingresos de los que viven de un salario, de los que trabajan la tierra, y de los que están condenados al desempleo, retrocedieron de manera neta. Por el contrario, aquellos que obtienen sus ingresos de la posesión de capital acaparan una parte creciente de las riquezas producidas. La relación desigual en el reparto de los ingresos se ha duplicado en treinta años a escala mundial (entre 1960 y 1990). En el 2001, el 5% más rico del planeta gana 114 veces más que el 5% más pobre (PNUD, 2002).

En 1995 era necesario reunir a las 358 personas más ricas del planeta para llegar a la suma de 1 billón de dólares de fortuna acumulada. Seis años más tarde, este club ya muy reducido se redujo aún más: de 358 pasaron a ser 147. En efecto, en el 2001, las 147 personas más ricas del planeta tenían, según la lista establecida en febrero de 2002 por la revista Forbes, una fortuna acumulada de 1.000.000.000.000 de dólares, suma igual al ingreso anual total de casi 3 mil millones de habitantes del planeta (la mitad de la población mundial). Ciertamente, se trata de una comparación entre patrimonio e ingreso. Pero no es menos cierto que si dicha comparación fuera realizable, la sola consideración de la riqueza patrimonial sería aún más chocante. En efecto, el patrimonio de los más pobres es generalmente muy inferior a sus ingresos.

¿Que otra cosa nos enseña el estudio de la revista Forbes? Sobre un total de 497 millonarios, 240 habían obtenido su fortuna por herencia. En el 2001, el mundo contaba con 83 millonarios menos que en el 2000: esta concentración de la riqueza se nutrió de la explosión de la burbuja financiera y de la caída de la "nueva economía". A pesar de esto, Bill Gates seguía siendo el

hombre más rico del planeta. La mitad de los millonarios del planeta son ciudadanos norteamericanos; dos son chinos.

El banco de negocios Merril Lynch censa, a escala planetaria y en dólares, a los millonarios. En el 2001 había 7,1 millones, o sea un poco más de 1‰ de la población mundial, y su patrimonio representaba 26.200.000 millones de dólares (Financial Times, 18/06/2002). El patrimonio del porcentaje más rico de la población mundial representa aproximadamente 26 veces el ingreso anual de aproximadamente 3 mil millones de habitantes. Mientras que la situación económica de la mayoría de la población se estancaba o se degradaba, el patrimonio de los millonarios del planeta aumentaba un 18% en 1999, el 6% en el 2000 y el 3% en el 2001.

El aumento de los ingresos de los dirigentes es también impresionante. Según Business Week, en 1981 los directores ejecutivos mejores pagos de los Estados Unidos ganaban entre 2,3 y 5,7 millones de dólares. Veinte años más tarde, sus ingresos se encontraban comprendidos entre 64 y 706 millones de dólares (según Eric Léser en el diario Le Monde, 9/07/2002).

Aunque con niveles de ingresos más bajos, los ingresos de los directores ejecutivos europeos siguieron la misma evolución. Botin, el director ejecutivo del segundo banco español, el Santander Centro Hispano, percibió una remuneración de 3,5 millones de euros, mientras que Breuer, presidente de la Deutsche Bank, recibía 8 millones de euros (diario El País, 25/06/2002). Según nuestros cálculos, el señor Rolf Breuer gana tanto como 10.000 profesores que ocupan un estatus precario en los colegios secundarios del Oeste del continente africano o tanto como 2.200 docentes de las universidades de la misma región.

Pero el señor Rolf Breuer seguramente debe envidiar a su colega, el señor Richard S. Fuld, director ejecutivo de Lehman Brothers, quien gana 125,5 millones de euros (según el diario El País, 25/06/2002), o sea el salario anual de 156.000 profesores de colegio secundario que detentan un estatus precario en el Oeste del continente africano o tanto como 35.000 profesores de la universidad de la misma región. Por otra parte, dudo que en dicha región haya 35.000 profesores universitarios, dado que para el Banco Mundial y el FMI estos países no están autorizados a tener tantos profesores: cuestan muy caros…

En el Tercer Mundo, según el Banco Mundial, hay 1.200 millones de individuos que viven con menos de un dólar por día, lo que los sitúa por debajo de la pobreza absoluta. ¿Qué pasaría a nivel estadístico si el Banco Mundial, que fija arbitrariamente el umbral de pobreza a un dólar por día para el conjunto del Tercer Mundo –salvo para América Latina donde el umbral está fijado en dos dólares por día (PNUD, 1997: 14)– modificara dicho umbral hacia arriba adaptándolo al costo real de vida (o en este caso, de supervivencia)? Ciertamente, si por ejemplo el BM fijara dicho umbral en tres o en cuatro dólares por día, se aproximaría mucho más a la realidad y se daría cuenta de que la mayoría de la población del Tercer Mundo vive en la mayor precariedad y desesperación. Sin embargo, el Banco Mundial elige criterios que permiten ocultar esta realidad.

En efecto, con el aumento de los precios de las mercancías y de los servicios básicos en los países del Tercer Mundo, 3 o 4 dólares por día no alcanzan ni siquiera para procurar con qué alimentarse y alojarse decentemente, ¡sin hablar del acceso a la educación, a la salud o a la cultura! Situando el umbral de pobreza absoluta en 1 dólar por día (2 dólares para América Latina), el Banco Mundial subestima a sabiendas el número real de pobres absolutos. Según éste, la pobreza es un fenómeno marginal en los países "emergentes" del Tercer Mundo, mientras que en realidad la mayoría de la población de la mayoría de los países del Tercer Mundo vive por debajo del umbral de pobreza absoluta.

En Brasil, cuya población supera los 160 millones de habitantes, los precios de los productos básicos se aproximaban en el año 2000 a los de Europa Occidental o a los de Estados Unidos, pero el salario mínimo legal en dicho país era de aproximadamente unos 100 dólares por mes. De hecho, según nuestras estimaciones, más del 60% de la población brasileña vive por debajo del umbral de pobreza absoluta. El Banco Mundial estima que para el año 2000 había solamente 35 millones de brasileños viviendo por debajo del umbral de pobreza absoluta, o sea un poco más del 20% de la población total.

Tratar la pobreza como un fenómeno marginal significa negar abierta y voluntariamente el fracaso estrepitoso de las políticas de ajuste estructural que imponen el Banco Mundial y el FMI. Esto significa que se niega también la necesidad urgente de llevar a cabo aquellos cambios fundamentales que posibiliten una redistribución de la riqueza en un sentido igualitario, condición sine qua non de un verdadero desarrollo.

El Banco Mundial y el FMI identifican a la pobreza como un problema central que sólo atañe a un número limitado de países, entre los cuales figuran los 49 Países Menos Avanzados (PMA, ver Léxico). Pero incluso así, los expertos de estas dos instituciones no dudan en maquillar las cifras con el objeto de reducir la amplitud del problema.

En un informe sobre la pobreza en los Países Menos Avanzados publicado por la CNUCED en junio de 2002, dicha institución pone abiertamente en cuestión las estimaciones del Banco Mundial. Según la CNUCED, el Banco Mundial, para medir la pobreza, sólo se contenta con una muestra tomada de poblaciones locales sobre las cuales lleva a cabo su encuesta. De esta manera, la medida global de la pobreza no es más que el resultado de una extrapolación de estos estudios limitados. "Según el Banco Mundial, un habitante de Tanzania disponía en 1991 de un ingreso de 814 dólares por año. Ahora bien, según la CNUCED, este ingreso no alcanzaba siquiera a los 300 dólares. Incluso, siempre según el Banco Mundial, en 1992, el 47% de la población de Níger vivía con menos de 1 dólar por día. Para este mismo año, la CNUCED cuenta con más del 75%" (Vittorio de Filippis, diario Libération, 19/06/2002). Según el mismo estudio, la pobreza en los PMA se duplicó en el curso de los últimos treinta años. Dicho estudio indica que si uno toma en cuenta como umbral de pobreza la suma de 2 dólares por día, el 87,5% de los habitantes de los PMA africanos viven por debajo de este umbral (Sixtine Léon-Dufour, en el diario Le Figaro, 19/06/2002).

Basándose en los datos del Banco Mundial que subestiman la amplitud del fenómeno, el informe del PNUD de 2002 afirma que "durante los años noventa, la cantidad de personas que viven en la extrema pobreza en África subsahariana pasó de 242 a 300 millones" (PNUD, 2002).

En los países del Este europeo, el PNUD y el BM sitúan el umbral de pobreza en 4 dólares por día y persona. Según el PNUD, el 90% de los búlgaros vivirían por debajo de este umbral en 1997 (Le Monde, 5 marzo de 1997). Según el informe del PNUD, en Europa Central, Oriental y en la Federación Rusa, el ingreso por habitante retrocedió un 2,4% por año en el curso de la década del noventa.

En la Federación Rusa, en 1994, los ingresos reales de los asalariados se estimaban en un 70% del nivel de 1991. La distancia entre los ingresos de los quince millones "más ricos" y los quince millones "más pobres" pasó de 9,5 en 1993 a 16 sólo un año más tarde. Durante los años noventa, la producción industrial bajó un 60% y el PIB un 54% al mismo tiempo que la esperanza de vida disminuía 4 años. En el año 2000, aproximadamente el 39% de la población vivía por debajo del umbral de pobreza (fijado por la Banca Mundial en 1.200 rublos, aproximadamente en 45 dólares por mes, y no en 4 dólares por día). Si uno aplicara los criterios en vigor durante 1989 para el año 2000, el 90% de la población rusa se situaría por debajo del umbral de pobreza.

Empobrecidos por el ajuste estructural impulsado por el FMI y el Banco Mundial, a lo que se añade la transferencia masiva de riquezas hacia el extranjero operada por los nuevos capitalistas locales, las repúblicas de la ex-Unión Soviética son clasificadas por las instituciones de Bretton Woods en la categoría de "países en vías de desarrollo", al lado de los países del Tercer Mundo con ingresos "bajos" y "medios" (ver los informes anuales del Banco Mundial desde 1993). Este desplazamiento de categorías no resulta solamente de un cambio en la manera de tratar las estadísticas de los ingresos; refleja también la situación de la post-guerra fría: las reformas orientadas hacia la economía de mercado están destinadas a la "tercermundización" de Europa del Este y de la ex-URSS y a la concentración de los ingresos y el bienestar en un pequeño número de economías de mercado "desarrolladas".

En los países capitalistas más industrializados, el retroceso de los ingresos de la mayoría de la

población es también innegable. Las cifras para Estados Unidos son impresionantes. Mientras que los ingresos de los hogares habían progresado entre 1950 y 1978, la situación se modifica radicalmente entre 1978 y 1993. La gran mayoría de los estadounidenses ve que sus ingresos bajan mientras que los ricos ganan cada vez más y más (Cfr. Cuadro 1).

Cuadro 1.1

Evolución del ingreso real de los hogares en EE.UU.

Entre 1950 y 1978:	%	Entre 1978 y 1993:	%
el 20% más pobre	+140	el 20% más pobre	-19
2ª franja de 20%	+98	2ª franja de 20%	-8
3ª franja de 20%	+105	3ª franja de 20%	-4
4ª franja de 20%	+110	4ª franja de 20%	+5
el 20% más rico	+99	el 20% más rico	+18

Fuente: US News and World Report, 6 de febrero de 1995.

Bajo la administración Reagan, las familias más ricas (1% de los hogares) aumentaron sus ingresos anuales en cerca de un 50%. Según Doug Henwood (1998: 4 y 65), el 0,5% más rico de los ciudadanos de los Estados Unidos posee más que el 90% de la población. En los años noventa, la riqueza en los Estados Unidos alcanzó el nivel de hiper-concentración que caracterizaba a los años veinte. En 1995, el 1% de los hogares más ricos –alrededor de 2 millones de adultos– poseía el 42% de las acciones en manos de individuos y el 56% de los títulos. El 10% de los más ricos poseía el 90%. Grosso modo, si uno considera además de las acciones y los títulos las otras formas de patrimonio, el 1% más rico posee un cuarto del conjunto del capital, y el 10% más rico la mitad.

En el otro extremo, sólo el 6% de los negros y de los hispanos poseen una acción (Henwood, 1988: 67). Contrariamente a una idea extendida, no es cierto que la mayoría de la población de los Estados Unidos tenga acciones en bolsa. En 1990, sólo el 21% de la población tenía acciones, sólo el 12% había vendido o comprado acciones al menos una vez durante el año, y sólo el 4% lo había hecho cinco veces o más (Henwood, 1988: 68).

Recuadro 1.1

Las desigualdades en los Estados Unidos

En los Estados Unidos, entre 1979 y 1997, el PIB real por habitante aumentó un 38% pero el ingreso de una familia que vivía de un salario medio sólo creció un 9%. Por consiguiente, en lo esencial, el aumento del ingreso nacional benefició a los ricos. En este país, el ingreso del 1% de las familias más afortunadas pegó un salto de 140%, o sea tres veces más que el promedio. En 1979, el ingreso del 1% de las familias norteamericanas más ricas era 10 veces superior al de una familia media. En 1997, era 23 veces superior (PNUD, 2002: recuadro 1.2, 34).

Según el Instituto Europeo de Estadísticas, la parte de los salarios en el PIB europeo pasó del 75,8% en los años setenta al 69,7% en el 2000, mientras que la parte de los beneficios aumentaba en porcentaje similar pero con signo inverso. Claramente, una parte sin cesar creciente de la riqueza europea se distribuye a favor de los beneficios y en desmedro de los salarios.

Cuadro 1.2

Porcentaje de los salarios en el PIB

Región	1961-1970	1971-1980	1981-1990	1991-2000
Unión Europea	73,6%	75,8%	73,0%	69,7%
Estados Unidos	69,8%	70,0%	68,7%	67,3%

Fuente: Eurostat.

La degradación de las condiciones de vida en el mundo vista por el PNUD y la UNICEF

El Tercer Mundo y los países de Europa Oriental

"Durante los últimos quince a veinte años, más de cien países del Tercer Mundo o del ex-bloque del Este han padecido la caída del crecimiento y bajas del nivel de vida más importantes y más duraderas que lo que pudieron conocer los países industrializados durante la gran crisis de los años 1930"
(PNUD, 1997: 7).

En el diario Le Monde del 11 de octubre de 1996, el administrador del PNUD, James Gustave Speth, precisaba: "En realidad, en más de una centena de países, el ingreso por habitante es hoy más bajo que el de hace unos quince años (es decir de 1980-1981 al principio de la generalización de las políticas neo-liberales, N. del R.). Es decir, más de 1.600 millones de individuos viven peor que a principios de los años ochenta".

El Tercer Mundo

Al menos 1.200 millones de habitantes del Tercer Mundo sobreviven con menos de un dólar por día (de ellos, 500 millones son niños, UNICEF, 2001: 31). Entre 1995 y 2000, el número de pobres que tienen un ingreso inferior a un dólar por día no disminuyó, mientras que en la Cumbre de la ONU sobre Desarrollo Humano celebrada en Copenhague en 1995 los jefes de Estado, el FMI y el Banco Mundial se comprometieron a reducir su número a la mitad de aquí al 2015.

Según el Banco Mundial, se transita por la buena vía: el número absoluto de pobres en el Tercer Mundo quizás no disminuyó (flagrante constatación del fracaso) pero tampoco va en aumento (evolución que nosotros ponemos en cuestión dado que el censo del mundo por región indica un fuerte aumento del número de pobres en África, en el Sur y en el Sudeste de Asia, y en América Latina). Esto sería resultado del mejoramiento de la situación en China (en donde habría habido 100 millones de pobres menos en los años noventa).

Aunque es muy difícil medir la situación real en China, el Banco Mundial decidió acordar legitimidad a las cifras avanzadas por las autoridades de dicho país dado que esto hace pesar la balanza del lado que a éste más le conviene. De todas maneras, de haberse dado realmente la disminución del número de pobres en China en cien millones de personas menos, esto no legitimaría las políticas dictadas por el Banco Mundial y el FMI. Las autoridades chinas se han negado hasta el día de hoy a aplicar a la letra las medidas recomendadas por las instituciones de Bretton Woods. Allí donde estas medidas fueron fielmente aplicadas (en América Latina, África, y en el Sudeste asiático salvo en Malasia), el número de pobres aumentó. Si China, que entró en la OMC en el 2001, hubiera abierto ampliamente su mercado a los productos de los países más industrializados y hubiera entregado a los campesinos y productores locales a la competencia de las multinacionales, la situación podría haberse degradado rápidamente.

El 33% de la población de los países menos avanzados no alcanza los 40 años (PNUD, 1999: 5). Cien millones de niños viven o trabajan en la calle. Los países en desarrollo cuentan con 250 millones de niños obligados a trabajar (140 millones de niños y 110 millones de niñas) (PNUD, 2000: 4 y 5). Seis millones de niños fueron heridos en conflictos armados en los años noventa (PNUD, 2000: 4 y 5). Durante los diez últimos años, alrededor de 2 millones de niños han sido masacrados, otros 6 millones han sido gravemente heridos o han quedado discapacitados de por vida, y 12 millones se han visto desprovistos de vivienda (UNICEF, 2001: 36). Treinta mil niños mueren cada día de enfermedades fácilmente curables (30.000 x 365 = 11 millones de niños al año). Muertes que podrían ser fácilmente evitadas: 5 millones de muertes al año a causa de enfermedades diarreicas; 1 millón de muertos por año a causa de paludismo; 3 millones de muertos por año como consecuencia de la polución atmosférica (PNUD, 1999: 22 y 42). Setecientos noventa millones de personas sufren hambre y conocen la precariedad alimenticia (PNUD, 2000: 8).

En los PED, más de mil millones de personas (1.100 según la UNICEF, 2001: 31) no tienen acceso al agua potable, y cerca de 2.400 millones están privados de una infraestructura sanitaria correcta (PNUD, 2000: 4 y 5).

En el mundo en desarrollo, una mujer corre 40 veces más riesgos de morir de complicaciones debidas al embarazo y al parto que en el mundo industrializado (UNICEF, 2001: 23).

En 1998, en África, se señalaron 2,2 millones de muertes debidas al SIDA. En América Latina y en el Caribe 1,7 millones de personas son seropositivas, entre las cuales hay 37.600 niños. En Asia, 6,1 millones de individuos, de ellos 205.200 niños, habían contraído el SIDA a finales de 1999 (UNICEF, 2001: 32). En el 2000 había a nivel mundial 34 millones de personas afectadas por el SIDA. Se contaban entre ellas 1,3 millones de niños menores de 15 años. En África subsahariana vive el 10% de la población mundial y el 70% de todas las personas seropositivas. Es ahí donde en el año 2000 se registra el 80% de muertes por SIDA y en donde vive el 90% de los huérfanos del SIDA (UNICEF, 2001: 39). El Tercer Mundo representa el 95% de los muertos de SIDA.

En los países de bajo desarrollo humano, los gastos de salud y educación han pasado del 2% del PIB para el período 1986-1990 al 1,8% en 1991-1996. Los gastos de inversión en estos sectores han pasado del 6,5% al 6,1% de los gastos públicos (PNUD, 1999: 93).

El ex-bloque soviético

En el antiguo bloque del Este europeo, tras la reintroducción del capitalismo, la tasa media de la pobreza absoluta para el conjunto de la región fijada en cuatro dólares por día (PNUD, 1997: 2) pasó del 4% en 1988 al 32% en 1994; por lo tanto, ésta se multiplicó por ocho.

En lo que hace a Rusia, según Joseph Stiglitz, la situación se deterioró aún más: "En 1989, sólo el 2% de los habitantes de Rusia vivía en la pobreza. A fines del año 1998, este porcentaje había subido abruptamente hasta alcanzar el 23%, tomando como umbral de pobreza 2 dólares por día. Según un estudio del Banco Mundial, más del 40% de la población del país vivía con menos de 4 dólares por día. Las estadísticas sobre niños revelaban un problema aún más grave. Más de la mitad vivía en familias pobres" (Stiglitz, 2002: 204).

El desmantelamiento y debilitamiento de los servicios del Estado se tradujeron en la degradación de la situación de la salud y la educación en general. En 7 de 18 países, la esperanza de vida en 1995 era inferior a la de 1989, sufriendo un retroceso de cinco años. En Lituania, las inscripciones en los jardines de infantes (de 3 a 6 años) cayeron abruptamente pasando del 64% en 1989 al 36% en 1998. En el caso de Rusia, la caída es del 69% al 54% (PNUD, 1999: 79). Los salarios retrocedieron el 48% en Rusia, los ingresos ligados al salario pasaron del 74% al 55%. Entre 1989 y 1996, la esperanza de vida de los hombres disminuyó más de cuatro años para situarse en 60 años, es decir dos años menos que la media para los países en vías de desarrollo.

En los países más industrializados

En los países industrializados, más de 100 millones de personas vivían en 1996 por debajo del umbral de pobreza absoluta, correspondiendo a la mitad del ingreso individual medio disponible (PNUD, 1997: 2).

En 1999, la Unión Europea (376 millones de habitantes) contaba con 65 millones de pobres. Según los datos proporcionados por los estados miembros, el 18% de la población vivía por debajo del "umbral de bajos ingresos" que representan el 60% del "poder de compra standard". El principal factor de exclusión y de pauperización sigue siendo el desempleo, pero según el Instituto de Estadísticas Europeo, Eurostat, el 12% de quienes ejercen un empleo viven en la pobreza y el 53% de los más desfavorecidos pertenecen a hogares con una actividad profesional. De hecho, estima la Comisión, "entre el 20% y el 40% de la población está en el límite del umbral de pobreza" (Le Figaro, 12/09/2000).

En los 15 países de la Unión Europea, alrededor de 3 millones de personas no cuentan con una vivienda permanente.

"Las desigualdades se acentuaron en la mayor parte de los países de la OCDE durante los años ochenta y comienzos de los noventa. De 19 países considerados, sólo uno muestra una ligera mejoría. Los deterioros más importantes se registraron en Suecia, Reino Unido y Estados Unidos. En los años ochenta, el número de familias que vivían por debajo del umbral de la pobreza aumentó el 60% en el Reino Unido y cerca del 40% en los Países Bajos" (PNUD, 1999: 36 y 37).

Según una encuesta realizada por cuatro universitarios del Reino Unido, la proporción de hogares afectados por la indigencia –relativa o absoluta– pasó del 14% en 1983 al 24% en 1999. En total, 14,5 millones de británicos se encontraban en un estado de indigencia más o menos grave en 1999. Un cuarto de la población no podía disponer de al menos tres elementos básicos para una existencia normal: tres comidas diarias, vestido en cantidad suficiente y una vivienda razonablemente calefaccionada (diario Le Figaro, 12/09/2000).

En 1971 los Estados Unidos contabilizaban 25 millones de pobres, según Robert MacNamara, presidente en ese momento del Banco Mundial (McNamara, 1973: 110). En 1995, veinticuatro años más tarde, este país contabiliza 11,4 millones más de pobres: 36,4 millones, es decir cerca de un 14% de la población total (en Poverty in the United States, 1995; Department of Commerce, Bureau of Census, 1996).

En los Estados Unidos, durante el año 2000, alrededor del 17% de los niños, es decir cerca de 12 millones, crecieron en hogares incapaces de responder a sus necesidades nutritivas básicas (UNICEF, 2001: 33).

Siguiendo con Estados Unidos, uno de cada cinco adultos es analfabeto y 40 millones de personas no están cubiertas por un seguro de enfermedad (PNUD, 2000: 8). Según las estadísticas del Instituto de Censos, en el 2001, por consiguiente, un año después de la publicación de las cifras del PNUD, la cantidad de norteamericanos que no contaba con seguros de salud aumentó un 3,5%: 41,2 millones, o sea una persona de cada siete (14,6% de la población). Los jóvenes de 18 a 24 años representan la franja etaria más perjudicada: 28% (diario Le Figaro, 01/10/2002). También en los Estados Unidos, los crímenes violentos hacen 2 millones de víctimas cada año (PNUD 1997: 34).

Una innovación del PNUD: la introducción de un indicador de la pobreza humana (IPH)

IPH en los países en desarrollo

El equipo encargado de elaborar la edición del Informe del PNUD de 1997 intentó medir la

miseria en el Tercer Mundo con una visión más amplia que los estudios que sólo se centraban en los ingresos. Allí se estableció un indicador de pobreza humana que tomó en consideración otros criterios diferentes de los ingresos monetarios.

Los criterios utilizados fueron los siguientes: el porcentaje de individuos con alto riesgo de morir antes de los cuarenta años; el porcentaje de adultos analfabetos; los servicios procurados por la economía en su conjunto, cuya calidad se determinó tomando en consideración el porcentaje de individuos que no tenían acceso al agua potable y a los servicios de salud, así como el porcentaje de niños de menos de cinco años víctimas de desnutrición (PNUD, 1997: 15). Una vez definido este indicador, el equipo del PNUD estableció una lista de países del Tercer Mundo en los cuales se contaba con datos suficientes: en el 2002 eran 88. A pesar de la pobreza que padecían (estimada en términos monetarios), algunos países pudieron atenuar el impacto de la misma gracias al acceso a los servicios que prestaron a dicha población. A la cabeza de los países considerados se encuentran, en el orden siguiente, Uruguay, Costa Rica, Chile, y Cuba. Estos países lograron reducir la pobreza humana hasta un IPH inferior al 5%. En otros términos, gracias a los esfuerzos de estos países, el porcentaje de población que hoy padece la pobreza humana es menor al 5%.

Según este criterio de clasificación, Cuba, a pesar del boicot impuesto por Estados Unidos, ocupa el cuarto lugar y sube por lo menos cuarenta y un puestos en la lista de los países del Tercer Mundo clasificados según el otro indicador utilizado por el PNUD, el indicador de desarrollo humano (IDH).

Recuadro 1.2

IPH en los países más industrializados

El índice de pobreza humana en los países industrializados se concentra en los mismos aspectos de indigencia que el IPH de los países en desarrollo y contempla además una cuarta forma de carencia: la exclusión. Utiliza las siguientes variables: el porcentaje de personas que corren el riesgo de morir antes de los sesenta años; el porcentaje de analfabetos; el porcentaje de individuos que viven por debajo del umbral de pobreza (correspondiente a la semi-mediana del ingreso disponible de los hogares) y el porcentaje de la población en situación de desempleo de larga duración (es decir al menos durante 12 meses).

De los 18 países industrializados para los que el IPH ha sido calculado, los países más afectados por la pobreza son Estados Unidos (15,8%), Irlanda (15%) y el Reino Unido (14,6%). Comparando el Índice General de Desarrollo Humano con el indicador de pobreza para 1998, Estados Unidos pasa de la 3ª posición a la 18ª (es decir la última) y el Reino Unido de la 10ª posición a la 16ª (PNUD, 2000: 152).

Feminización de la pobreza/opresión de las mujeres

La feminización de la pobreza es evidente, dado que se sabe, gracias al PNUD, que las mujeres representan el 70% de algo más de los 1.200 millones de seres humanos que viven por debajo del umbral de la pobreza absoluta.

Para las mujeres el mundo del trabajo es una cuestión muy importante, pero ser mujer es también llevar la responsabilidad del bienestar de la familia, de la comunidad. Los planes de ajuste estructural y sus restricciones sociales plantean aún más dificultades a las mujeres que a los hombres. Lo cotidiano de estas mujeres es hacer malabarismos entre la baja de sus ingresos y el aumento de los precios. Pagar los medicamentos, la comida y la escuela son cuestiones que hoy están fuera del alcance de la mayoría de las mujeres y de sus hijos.

Y más aún, a esta mala situación económica se añade una actitud patriarcal que restringe el acceso de las niñas, adolescentes y mujeres adultas a los derechos más elementales que garantizan el desarrollo, y por tanto la emancipación. El niño irá a la escuela, mientras que la niña ayudará en el hogar o procurará traer un ingreso complementario a la familia. En la India,

el 61% de las mujeres (de más de siete años) son analfabetas (PNUD, 1997: 55). En Nepal, el número de las jóvenes que son ciegas a consecuencia de la desnutrición es el doble que el de los jóvenes varones. En el Tercer Mundo, en general, más de la mitad de las mujeres sufren de anemia, y en Asia del Sur la proporción llega a ser del 78% (PNUD, 1997: 31). En Harare y en Zimbabwe el número de mujeres que mueren durante el parto se ha duplicado en el espacio de dos años, debido a la puesta en marcha de un plan estructural que se ha traducido en la reducción de un tercio de los gastos públicos de salud (PNUD, 1995: 44).

Cada año mueren más de 500.000 mujeres a causa de complicaciones ligadas al embarazo y al parto (PNUD, 2002).

La tendencia del sistema capitalista a reorganizar en su beneficio la economía a escala mundial tiene repercusiones directas en las relaciones entre los sexos. El análisis de los métodos empleados muestra por una parte que el sistema capitalista se nutre de un sistema de opresión preexistente, el patriarcado, y por otra parte que éste acentúa sus rasgos. En efecto, la opresión de las mujeres es para los capitalistas un instrumento que permite gestionar al conjunto de la fuerza de trabajo, que justifica su política desplazando la responsabilidad del bienestar social del Estado y de las instituciones colectivas hacia la "intimidad" de la familia.

Un ejemplo: algunos podrían pensar que en la India las formas de violencia ligadas al sexo, como las muertes debidas a la dote o los abortos de fetos femeninos, son "supervivencias" de una sociedad "atrasada". Estudios de feministas hindúes muestran, por el contrario, que es el desarrollo del capitalismo en este país lo que lleva a la extensión y la exacerbación de las formas de violencia (Shah Trupti y Srinivasan Bina en Duggan & Dashner, 1994).

Según un estudio divulgado por el PNUD en 1995, la contribución invisible de las mujeres, no traducida a valores monetarios o evaluada en función de los salarios en vigor, representaba 11.000.000.000.000 de dólares. Sin esta contribución no monetaria de las mujeres no habría "supervivencia" posible con menos de 1 o 2 dólares por día. Para hacerse una idea de lo que representa el aporte de las mujeres al conjunto de la humanidad, esta cifra debe relacionarse con la producción mundial estimada en 23.000.000.000.000 (PNUD, 1995: 6). Y esta cifra no tiene en cuenta la injusticia persistente del salario de las mujeres allí donde hay actividad remunerada.
No existe todavía ningún país del mundo, incluso en los países más avanzados en este campo, donde los ingresos de las mujeres se igualen a los de los hombres.
Las profesiones mayoritariamente ocupadas por mujeres, como salud y educación, están desvalorizadas. En lo que hace a las indemnizaciones por desempleo, las mujeres fueron las primeras en ser excluidas, incluso durante la aplicación de los planes de austeridad, y por lo tanto no fueron reconocidas ni en tanto que "cohabitantes" ni como desempleadas de larga duración. Se les reservan empleos donde el salario es muy inferior, como es el caso de los trabajos en zonas francas (en México, en ese sector, los salarios de las mujeres han caído del 80% al 57% en relación al de los hombres), o se les glorifica al poder trabajar con un salario irrisorio en la multitud de trabajos del sector informal, fuera de las reglamentaciones "paralizantes" de los estados.

En China, según algunas encuestas realizadas por las autoridades en 1988 y 1989, en el campo las mujeres ganaban 20% menos que los hombres. En la ciudad, en las empresas privadas, el salario de una mujer equivalía en promedio al 56% del salario del hombre.

El derecho de las mujeres al trabajo es cuestionado por mil astucias gubernamentales. Está evidentemente la "opción" del tiempo parcial que va del tiempo parcial al contrato "cero", en el cual la trabajadora permanece todo el tiempo a disposición de las necesidades del patrón, y ello a pesar de que todos los sondeos muestran que la mayor parte de las trabajadoras piden un trabajo por tiempo completo.

En el diario Le Monde del 2 de agosto del 2002, bajo el título "Las distancias de ingreso hombres-mujeres se profundizan", se encuentra una confirmación de lo que se dice más arriba: "Las distancias de ingreso entre los hombres y las mujeres se profundizan cada vez más para las nuevas generaciones a causa de la feminización del trabajo a tiempo parcial, según lo indica un estudio del INSEE publicado el miércoles 31 de julio. De esta manera, los hombres

que comenzaron a trabajar entre 1991 y 1992 ganan 21,9% más que las mujeres, mientras que esta diferencia es del 18% para aquellos que comenzaron a trabajar entre 1976 y 1980. Esto está en parte ligado al fuerte aumento de los empleos a tiempo parcial, los cuales están ocupados, muy a menudo y por largo tiempo, por las mujeres."

La reducción creciente de servicios como las guarderías o la privatización de los hogares para la tercera edad multiplica las dificultades que encuentran las mujeres en el mundo del trabajo. "La igualdad en el trabajo" en sentido negativo introduce el trabajo de noche para las mujeres, lo que no es en principio aceptable ni posible durante la mayor parte del tiempo, visto el trabajo que la mujer lleva a cabo en la esfera familiar.

En los países en desarrollo la tasa de actividad económica de las mujeres es siempre inferior en un tercio a la de los hombres, y en los países de la OCDE las mujeres consagran dos tercios de su tiempo a actividades no mercantiles en una medida casi dos veces mayor que la de los hombres (PNUD, 2000: 33).

En el Tercer Mundo, el Banco Mundial, a través de algunas ONGs, financia todo lo que puede como organizaciones y cooperativas de mujeres: es ahí, ahora, donde de pronto se encuentra la llave del desarrollo. El Banco Mundial se construye así una faz humana mientras juega con dados trucados. Un ejemplo: en Senegal, las cooperativas de mujeres son incitadas a lanzarse al cultivo del tomate. Esto funciona hasta el día en que una multinacional italiana decide conquistar el mercado senegalés: las mujeres no tuvieron ninguna posibilidad de salir adelante frente a la competencia y los precios de la multinacional. La ONG desapareció tras la "realización" de "su" proyecto y habrá algunos problemas en cuanto a su evaluación; el Banco Mundial está esperando el pago de su préstamo.

He aquí una experiencia de trabajo de Joseph Stiglitz mientras todavía ocupaba el cargo de primer vice-presidente y economista en jefe del Banco Mundial: "En 1998 viajé por los pueblos desheredados de Marruecos para constatar el impacto de los proyectos del Banco Mundial y de las organizaciones no gubernamentales sobre la vida de sus habitantes. (…)

Una ONG trabajó mucho para enseñar a los pueblerinos a criar gallinas, lo cual se hizo junto a la conservación de las tareas tradicionales. Al comienzo, estas mujeres recibieron pollitos de siete días que les entregaba una empresa del Estado. Pero durante mi visita esta nueva actividad había desaparecido totalmente. Discutí con los pueblerinos y las autoridades para comprender lo que no había funcionado. La respuesta era simple. El FMI le dijo al gobierno que no era el Estado quien debía distribuir los pollitos. Entonces este último dejo de venderlos. El FMI se había contentado en postular que el sector privado tomaría el relevo. De hecho, un nuevo abastecedor, privado, propuso a los pueblerinos abastecerlos de pollitos recién nacidos. Pero como la tasa de mortalidad de los pollitos durante las dos primeras semanas es elevada, la empresa privada no quiso dar ninguna garantía. Los pueblerinos no podían asumir el riesgo de comprar los pollitos cuando muchos de estos iban a morir. Así fue como se abandonó una actividad nueva que debía mejorar la vida de estos campesinos pobres" (Stiglitz, 2002: 87).

De manera global, el PNUD estima que "para todos los países, el indicador sexo-específico de desarrollo humano (ISDH) es inferior al indicador de desarrollo humano (IDH). Esto significa que, desde que se corrige el factor sexo-específico, el indicador de desarrollo humano declina sistemáticamente, y se observan por consiguiente dolorosas desigualdades entre hombres y mujeres en todas las sociedades. Si el desarrollo humano estuviera equitativamente repartido entre los sexos, los valores del IDH y del ISDH serían idénticos" (PNUD, 2000: 153).

Además, la pobreza va –sistema patriarcal obliga– acompañada de violencia. Antes del nacimiento, abortos de fetos femeninos; durante la infancia, violencias sexuales; durante el matrimonio, violencias domésticas (en Alemania se estima que existen cuatro millones de víctimas de violencias domésticas), violaciones (en Canadá, en Nueva Zelanda, en el Reino Unido una mujer sobre diez es víctima de una violación en su vida), crimen (en España, en 1997, más de sesenta mujeres murieron asesinadas por su pareja), suicidio. Entre 85 y 115 millones de niñas y mujeres han sufrido una forma de mutilación de los órganos genitales y sufren efectos fisiológicos y psicológicos de esos actos. Se estima en 2 millones el número de niñas que sufren cada año tales mutilaciones (PNUD, 2000: 36). En el mundo, en promedio,

alrededor de una mujer de cada tres ha sufrido violencia por parte de su pareja y alrededor de 1,2 millones de mujeres y de jóvenes de menos de 18 años son enviadas forzadamente al extranjero para ejercer la prostitución (PNUD, 2000: 4). Quinientas mil mujeres de Europa del Este y del CEI son llevadas contra su voluntad a Europa Occidental (PNUD, 1999: 89).

A escala mundial, la cantidad de mujeres "faltantes", es decir, que estarían vivas si no hubieran sido víctimas de infanticidio o negligencias, o si su madre no hubiera abortado en razón del sexo de su bebé, alcanza la cifra de 100 millones (PNUD, 2002).

La violencia va hasta el asesinato: en España, en 1997, más de sesenta mujeres murieron por las sevicias ejercidas por su pareja; en París, tres mujeres mueren cada quince días a causa de las violencias que sufren por parte de su marido o pareja. La mitad de las mujeres asesinadas lo han sido por su pareja (diario Le Monde, 01/03/01). Las mujeres deben también enfrentarse a los llamados crímenes de honor: en Pakistán, la Comisión de Derechos Humanos informa que en 1999 más de 1.000 mujeres han sido asesinadas por tales motivos (PNUD, 2000: 36).

La amplitud de todas estas violencias estalla en tiempos de conflicto: los acontecimientos de la ex-Yugoslavia y de Argelia así lo muestran. La violencia es parte integrante de la vida de las mujeres.

En el mundo, "mientras que las mujeres representan la mitad del electorado, sólo ocupan el 13% de escaños en el parlamento y el 7% de los puestos del gobierno" (PNUD, 1997, p. 33). Estos datos, que lamentablemente están lejos de ser exhaustivos, ponen más que nunca a la orden del día la lucha específica de las mujeres por su emancipación. Esta cuestión no debe encararse desde la perspectiva del reduccionismo biológico: más bien corresponde encararla apostando a alternativas globales de sociedad que permitan el desarrollo como única apertura posible a todas las opciones personales que se estimen importantes. Las mujeres del Norte viven mejor que sus hermanas del Sur gracias a las conquistas sociales de décadas anteriores. Por lo tanto, lo que las mujeres deben atacar es el sistema ideológico, político y económico global que bloquea la extensión de estas conquistas.

La mundialización del capital: crecimiento de las multinacionales

En el marco de la onda larga de expansión lenta que se inició en los años setenta intervinieron importantes cambios en la estructuración de la economía internacional. Estos llevaron a numerosos economistas a hablar de mundialización y globalización (ver Léxico). Las sociedades multinacionales juegan un papel importante en este proceso: aumentaron su peso tanto en la producción como en los intercambios (Adda, 1996; CNUCED, 1994, 1997; UNCTAD, 2000; Andreff, 1992, 1996). Controlan el 70% del comercio mundial y el 75% de las inversiones directas en el extranjero. Se estima que aproximadamente un tercio del comercio mundial de los bienes y servicios corresponde a intercambios intra-firmas entre las filiales de las multinacionales.

La edición 2002 del Informe sobre la Inversión en el Mundo de la CNUCED censó 65.000 multinacionales, que poseían 850.000 filiales (CNUCED, 2002). En el año 2001, las filiales extranjeras empleaban 54 millones de asalariados contra 24 millones en 1990. Entre estas decenas de miles de empresas cuentan realmente 500, y entre éstas sólo 100 dominan al resto y tienen un tamaño verdaderamente impresionante. En el año 2000, las 100 primeras sociedades transnacionales no financieras (el grupo Vodafone, General Electric y la sociedad Exxon Mobil ocupan los tres primeros lugares) realizaban más de la mitad de la cifra total de negocios y empleaban más de la mitad del efectivo de las filiales extranjeras (CNUCED, RIM, 2002: 2). Su cifra de negocios supera ampliamente el producto interno bruto de numerosos países del planeta (ver Cuadro 1.2).

El Cuadro 1.2 compara la cifra de negocios de las multinacionales más grandes con el Producto Interno Bruto de algunos países y regiones del mundo durante 1998.

Cuadro 1.3

Cifra de negocios de las más grandes multinacionales y PIB

	En miles de millones de dólares EE.UU.	Población en millones
General Motors	161,3	
Polonia	158,6	38
Daimler Chrysler	154,6	
Ford	144,4	
Wal Mart	137,6	
África del Sur	133,5	39
Mitsui	131,6	
Finlandia	123,5	5
Grecia	120,7	10
Mitsubishi	118,9	
Itochu	116,8	
TotalFinaElf (a)	110,2	
Portugal	106,7	9
Colombia	102,7	40
Marubeni	102,5	
Exxon	100,7	
General Electric	100,5	
Sumitomo	95,5	
Indonesia	94,2	206
Shell	93,7	
Toyota	88,5	
Egipto	82,7	66
Irlanda	81,9	3
IBM	81,7	
Volkswagen	80,5	
BP Amoco	68,3	
Filipinas	65,1	72
Pakistán	63,4	148
Honda	52,4	
Nestlé	52,2	
Sony	51,2	
Unilever	47,5	
Argelia	47,3	30
Bangladesh	42,7	124
Nigeria	41,4	106
Vivendi	33,9	
Carrefour	32,0	
ABB	30,9	
Vietnam	27,2	77
GlaxoSmithKline (a)	26,2	
Ecuador	18,4	12
Siete mayores empresas del cuadro	965,3	
China	959,0	1255
Seis mayores empresas del cuadro	848,5	
Brasil	778,2	165
Cinco mayores empresas del cuadro	729,6	
Asia del Sur (incluida India)	670,5	1364
General Motors+Daimler Chrysler+Ford	460,3	
India	430,0	982
General Motors+Daimler Chrysler	315,9	
África Subsahariana	319,8	569
Rusia	276,6	147
General Motors	161,3	
48 países menos avanzados (PMA)	145,9	581

(a): La cifra de negocios se refiere al ejercicio 2000
Damien Millet et Eric Toussaint sobre la base de PNUD 2000, OCDE Estadísticas 2000 y la web

El factor político

La mundialización no puede ser comprendida solamente bajo la perspectiva del aumento de peso de las multinacionales en la economía mundial y de las transformaciones tecnológicas.

Hay que tener en cuenta el factor político. Sin la intervención política activa de los gobiernos Thatcher y Reagan y del conjunto de los gobiernos que aceptaron seguirlos, las empresas multinacionales no habrían podido superar tan rápida y radicalmente las trabas que frenaban precedentemente su libertad para desplegarse como ellas lo entendían para explotar los recursos económicos, humanos y naturales donde a ellas les convenía (Chesnais, 1996).

Esta intervención política ha sido llevada adelante en nombre de cuatro objetivos principales: la liberalización (de los movimientos de capital en el plano internacional, la apertura de los mercados nacionales a la competencia internacional), la privatización (de las empresas y servicios públicos), la desregulación (de las relaciones laborales, el cuestionamiento de los mecanismos de protección social), la competitividad (ésta no podría ser preservada o mejorada sin que los tres primeros objetivos fueran alcanzados o estuvieran en camino de serlo).

El discurso que justificaba esta intervención política es resumido así por Riccardo Petrella del Grupo de Lisboa: "Sea cual sea el sector referido (en expansión o en declive, de punta o no), el tamaño, la fuerza y el nivel de desarrollo del país, el argumento que siempre se plantea es el mismo: la privatización es urgente si queremos aumentar la competitividad de un sector industrial, de una sociedad o de una economía que se mundializa. Igualmente debemos liberalizar todos los mercados a fin de que la industria local y las empresas que actúan a escala del planeta se vuelvan más competitivas en los mercados mundiales. Finalmente, es importante desregular los sectores industriales y los mercados para acelerar el proceso de privatización, y consiguientemente, para aumentar la competitividad de las empresas locales así como la de la economía nacional (o regional)". Y añade: "Como estas presiones se ejercen en la mayoría de los dominios y, fenómeno nuevo, en casi todos los países, todo el mundo intenta hoy competir y ser competitivo en todas partes, y ello, en los cuatro rincones del globo. En estas condiciones, el advenimiento casi universal del capitalismo competitivo en tanto que sistema normativo, no debe sorprendernos. El despertar corre los riesgos sin embargo de ser brutal" (Petrella, 1995: 77 y 78).

A propósito de esto, Rubens Ricupero, secretario general del CNUCED, señala en su introducción al informe 2000 sobre la inversión en el mundo: "Durante el período 1991-1999, el 94% de las modificaciones de la ley producidas en materia de inversiones han sido favorables a la inversión extranjera" (UNCTAD, WIR, 2000: XV).

La ofensiva neoliberal, aunque en crisis, continúa

El discurso oficial intenta disimular otra batalla que aún está en curso: quienes detentan los capitales lanzan de manera repetida ofensivas para disminuir los salarios netos (como las cotizaciones patronales) y para flexibilizar el tiempo de trabajo a fin de intensificar la utilización de los equipos de producción. Estos también apuntan a reducir fuertemente o más aún a destruir pura y simplemente los mecanismos de solidaridad colectiva construidos progresivamente en el curso del siglo XX como resultado de duras luchas (sistema de jubilación por repartición, amplia cobertura de seguridad social…).

A pesar de la resistencia de los trabajadores, los ataques patronales han obtenido un éxito real. El desempleo masivo ha sido provocado y utilizado por las clases dominantes para imponer retrocesos sociales en todos los terrenos.

Gracias a esto, los capitalistas –y las instituciones a su servicio– lograron imponer un aumento de la rentabilidad del capital. La tasa de beneficio de las empresas aumentó considerablemente en el curso de la década del noventa, en particular entre 1995 y 2000.

En el curso del período 1980-2000, los promotores de la mundialización neoliberal obtenían un triunfo tras otro. Cada crisis era superada: la recesión mundial de comienzos de los años ochenta, el crack de la bolsa de 1987, la recesión de 1991-1992. La dominación del capital se extendió considerablemente con la implosión del bloque soviético al final de los ochenta. Las capas dominantes en el poder durante la era soviética abrazaron la restauración capitalista bautizada púdicamente "transición hacia la economía de mercado" y se congratularon con las políticas recomendadas por el FMI y el Banco Mundial.

Gracias a la crisis de la deuda de los países del llamado Tercer Mundo y a las políticas de ajuste estructural que le siguieron, las grandes potencias capitalistas industrializadas pudieron reforzar la presión que éstas ejercían sobre las economías de la Periferia al mismo tiempo que imponían sacrificios sin fin a sus propios pueblos. Salvo algunas raras excepciones, los gobiernos y las clases dominantes de estos países saludaron los beneplácitos de la mundialización así como a menudo aplicaron dócilmente las políticas dictadas por el FMI, el Banco Mundial y la OMC. Se operaron transferencias masivas de la riqueza producida en los pueblos de la Periferia (Tercer Mundo y ex-Bloque Soviético) a favor de los titulares del capital de los países más industrializados, todo eso mientras de paso los capitalistas de la Periferia se apropiaban de sus comisiones. Cada una de las crisis que golpearon a uno o varios países de la Periferia (y hubo varias decenas) no hizo más que profundizar la sumisión al modelo dominante, notablemente vía el ajuste estructural.

En resumen, la ofensiva capitalista neoliberal fue constantemente hacia adelante tanto en las economías del Centro (donde se lograba imponer nuevos conceptos del género "nueva economía", "efecto de riqueza generalizado", etc., en el momento en que la fractura social no hacía más que aumentar) como en la Periferia (donde los llamados países emergentes se vieron disciplinados por el FMI y los "mercados", y donde toda veleidad por un nuevo orden económico mundial fue abandonada).

Después de los años 1994-1995, las cosas comenzaron a ir peor para los promotores de esta mundialización neoliberal. Tanto en los países del Centro como en los de la Periferia, se multiplicaron y adquirieron gran vigor resistencias desde abajo que no habían cesado nunca. Así fue tomando forma progresivamente un nuevo movimiento, ciertamente heteróclito. ¿Anti-mundialización o alter-mundialización? ¿Por la reforma o la abolición del Banco Mundial y del FMI? ¿Por la anulación condicional o incondicional de las deudas? ¿Por un capitalismo regulado o por la puesta en práctica de otro sistema? El movimiento mundial de resistencia a la mundialización capitalista neoliberal atravesó debates en torno de estas cuestiones, y eso estuvo muy bien. Progresó la potencia de la movilización del movimiento así como la facultad de definir alternativas de progreso social frente a la dictadura de los mercados capitalistas.

Desde el punto de vista de los gobernantes y de las clases dominantes que quieren profundizar la ofensiva neoliberal, el problema fundamental no se limita a la existencia de este movimiento que afirma que otra mundialización es posible. Los promotores de la mundialización neoliberal piensan que el movimiento anti o alter-mundialización no cuenta todavía con la fuerza suficiente como para poner durablemente en cuestión la ofensiva en curso. Para ellos, el problema mayor es de orden interno. Varios factores inherentes al sistema constituyen un peligro cierto: se desencadenó una nueva crisis económica internacional a comienzos de 2001, durante el mismo año se produce la caída de la "nueva economía", cae también la tasa de beneficio, se producen repetidas quiebras, crisis en la bolsa, inestabilidad monetaria acentuada, sobreendeudamiento de las empresas y de los hogares… La mundialización neoliberal, victoriosa desde hace ya veinte años, atraviesa ciertamente por primera vez un período muy fuerte de turbulencias del cual no saldrá indemne.

"Hoy, la mundialización, no va más. No va más para los pobres del mundo. No va más para el medio ambiente. No va más para la estabilidad de la economía mundial. La transición del comunismo a la economía de mercado fue muy mal gestionada en todas partes, salvo en China, en Vietnam y en algunos pocos países de Europa del Este, la pobreza subió

abruptamente y los ingresos cayeron. (…) El problema no es la mundialización. Es la manera como ella se gestiona. En particular por las instituciones económicas internacionales, el FMI, el Banco Mundial y la OMC, que contribuyen a fijar las reglas de juego. Muy a menudo, esto se ha hecho en función de los intereses de los países industrializados avanzados –y de los intereses privados internos– y no en beneficio del mundo en desarrollo" (Stiglitz: 279).

"Hoy, el sistema capitalista está en una encrucijada, exactamente como durante la Gran Crisis. En los años treinta, fue salvado por Keynes que concibió políticas susceptibles de creación de empleos y de ayuda a las víctimas de la caída de la economía mundial. En la actualidad, millones de personas esperan ver si es posible o no reformar la mundialización para que sus beneficios sean compartidos" (Stiglitz: 319).

El autor de los párrafos precedentes –y esto no es un detalle menor– es un antiguo alto funcionario de una de las instituciones claves del dispositivo de dominación mundial del Capital y de algunos grandes países que imponen su punto de vista a los otros. Joseph Stiglitz tomó sus distancias durante el curso neoliberal actual y propone otra política en la línea de J. M. Keynes.
J. M. Keynes, siendo funcionario británico, había dejado con cierta insatisfacción la delegación de Su Majestad cuando tuvieron lugar las negociaciones en torno del Tratado de Versalles. Durante los años siguientes se comprometió de manera resuelta en el combate por salvar y reformar el capitalismo. Lo hizo con cierto éxito. Sus proposiciones, a menudo resumidas en los términos de Estado de Bienestar, influenciaron profundamente el New Deal del presidente Roosevelt. J. M. Keynes fue en 1944 uno de los actores principales de la conferencia de Bretton Woods en el curso de la cual se decidió la creación del FMI y del Banco Mundial.

J. Stiglitz es un economista keynesiano y un alto funcionario estadounidense que volvió hace poco a su cátedra universitaria, fue ex-consejero de Clinton (presidió el Consejo de Expertos Económicos del presidente Clinton y luego devino economista en jefe y vice-presidente del Banco Mundial en 1997, puesto que dejara en noviembre de 1999 debido a las presiones que ejerció Larry Summers, secretario de Estado del Tesoro de la administración Clinton). Hoy denuncia vivamente la política neoliberal del Tesoro de los Estados Unidos y del FMI (ampliamente bajo las órdenes del Tesoro y de los grandes grupos capitalistas) así como propone, él también, salvar al capitalismo. Multiplica entrevistas y conferencias, y publica el libro La Gran Desilusión, que constituye una verdadera afrenta. Allí hace claramente referencia al proyecto de Keynes. Lo que dice y escribe allí Stiglitz ha sido dicho ya varias veces desde 1980. El hecho nuevo de este período histórico es que una persona que ocupó la presidencia del Consejo de Expertos económicos del presidente de los Estados Unidos, que luego fue economista en jefe del Banco Mundial y que luego de su dimisión recibió el premio Nobel de Economía, haga un diagnóstico terrorífico de las políticas aplicadas desde hace veinte años por los gobiernos de los principales países industrializados, el FMI, el Banco Mundial, la OMC, los gobiernos de los llamados países en desarrollo y aquellos del ex-bloque soviético. Dichas críticas las lleva a cabo de manera radical porque sabe que su denuncia va acompañada de ecos de gran resonancia en todos los puntos del planeta. Sabe que no predica en el desierto.

Resulta ocioso especular sobre el futuro de J. Stiglitz. Por el contrario, no resulta nada inútil constatar junto a él que la humanidad se encuentra una vez más en una encrucijada, en un momento decisivo de la historia, tal como ocurrió entre las dos guerras mundiales durante el siglo pasado. "La historia no se repite, tartamudea". Sin embargo, es en este tipo de circunstancias que los grandes debates en torno de las apuestas societales vuelven a una velocidad vertiginosa. Esperemos que esta vez aquello no se limite a una simple refundación del capitalismo. La humanidad debe poder dotarse de otro sistema.